ENCICLICA "DIVINUM ILLUD MUNUS"(*)

(9-V-1897)

DE LA ADMIRABLE PRESENCIA Y VIRTUD DEL ESPIRITU SANTO Y SU CULTO

LEON PP. XIII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

644 1. **El Espíritu Santo completa la obra de Jesucristo.** Así como aquella misión divina que JESUCRISTO, por amor al género humano, recibió del Padre y desempeñó santísimamente, está, en último término, dirigida a que los hombres se hagan partícipes de la vida beatífica en la gloria eterna, así también está ordenada en el tiempo, como fin próximo, a que tengan la gracia divina y cultiven aquella vida que, finalmente se convierte en la celestial. A este fin el Redentor no cesa de invitar con suma benignidad a todos los hombres de cualquier nación y lengua a que vengan al seno de su Iglesia: *Venid a mí todos; Yo soy la vida; Yo soy el buen pastor*[1a]. Sin embargo por altísimos designios, no quiso por sí mismo completar y terminar esta misión durante su permanencia en la tierra; sino que lo que El mismo había recibido del Padre, esto mismo entregó al Espíritu Santo para que lo perfeccionase. Dignas son de recuerdo las consoladoras frases que Cristo, poco antes de abandonar el mundo, pronunció ante los Apóstoles: *Os conviene que yo me vaya: si yo no partiere, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas si partiere os le enviaré*[1b].

Afirmando estas cosas, dió la razón principal de su separación y vuelta al Padre, y el provecho que había de seguirse a sus discípulos de la venida del Espíritu Santo: demostrando al mismo tiempo, que igualmente era enviado por El y por tanto que de El procedía como del Padre, y que era El que concluyese como deprecador, consolador, preceptor, la obra realizada por El en la vida mortal. Providentísimamente, estaba reservada a la múltiple virtud de este Espíritu, que en la creación *adornó los cielos*[2] y *llenó el orbe de tierras*[3], la perfección de la obra de su redención.

2. **El Pontífice imitador del Espíritu Santo.** Ahora bien; Nos hemos procurado constantemente, con el auxilio de Cristo Salvador, que es el príncipe de los pastores y el Obispo de nuestras almas, imitar sus ejemplos; insistiendo religiosamente en el mismo oficio suyo, encomendado a los Apóstoles, principalmente a Pedro, *cuya dignidad no decrece en su indigno heredero*[4]. Guiados por este consejo, cuanto hemos llevado a cabo y perseguido en este desempeño ya largo del Sumo Pontificado, deseamos conspire principalmente a 645
dos fines. Primero: a la restauración de la vida cristiana en la sociedad civil y doméstica, en los príncipes y en los pueblos; puesto que no puede derivarse verdadera vida en todos más que de Cristo. Segundo: para fomentar la reconciliación de los que están separados de la Iglesia Católica por la fe o por la obediencia, toda vez que ésta es la voluntad ciertísima del mismo Cristo, que

(*) A. S. S. 29 (1896/97) 644-658. — *Los números marginales* indican las páginas del texto original en ASS, vol. 29. (P. H.)

(1a) Mat. 11, 28; Juan 16, 6; 10, 11; 10, 14.

(1b) Juan 16, 7.

(2) Job, 26, 13.

(3) Sab. 1, 7.

(4) S. León Mag., Sermón 2º del aniv. de su elección. Migne, P.L. 54, 144.

todos se hallen juntamente unidos en un solo rebaño bajo su Pastor. Ahora bien, cuando consideramos que se acerca el día del término de la vida, somos movidos enteramente para que la obra de Nuestro Apostolado, sea la que quiera, la que hasta aquí hemos llevado a cabo, la consagremos para su madurez y fecundidad al Espíritu Santo, que es el amor vivificante. A fin de que mejor y más saludablemente tenga lugar Nuestro deseo, hemos resuelto hablaros con motivo de la próxima solemnidad de Pentecostés, de la admirable presencia y virtud del mismo Espíritu; y cuando obre e influya con la preclara abundancia de superiores carismas en toda la Iglesia y en el alma de cada uno.

3. **Devoción al Espíritu Santo.** De aquí resultará, como vehementemente deseamos, que se excite y vigorice en las almas la fe acerca del misterio de la Trinidad augusta, y principalmente se aumente y encienda la piedad acerca del Divino Espíritu, a quien todos los que siguen el camino de la verdad y de la justicia deben referir cuanto han recibido: pues como predicó BASILIO: *"Las disposiciones que acerca de los hombres han tenido lugar por el gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo según la bondad de Dios, ¿quién niega han sido cumplidas por la gracia del Espíritu?*[5].

4. **La Trinidad substancia del Nuevo Testamento.** Antes de desarrollar el asunto propuesto será conveniente y útil tratar algo del misterio de la sacrosanta Trinidad. Es llamado por los doctores sagrados *Substancia del Nuevo Testamento,* a saber, el más grande de todos los misterios, puesto que es como cabeza y fuente de todos; para cuyo conocimiento y contemplación han sido creados en el cielo los ángeles y en la tierra los hombres; que prefigurado en el Antiguo Testamento, para enseñarle con más claridad, descendió el mismo Dios de los ángeles a los hombres: *ninguno vio jamás a Dios; el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ese lo manifestó*[6].

(5) Del Esp. Santo, c. 16, n. 39. P.G. 32, 139.
(6) Juan 1, 18.

5. **Peligros al tratarla.** Cualquiera que escriba o hable de la Trinidad conviene tenga ante la vista lo que prudentemente amonesta el Angélico[6a]. *Cuando hablamos de la Trinidad se ha
de obrar con cautela y modestia, pues* 646
como dice AGUSTÍN *ni se yerra en ninguna parte con más peligro, ni se busca algo con más trabajo, ni se encuentra algo más fructuoso*[6b]. El peligro procede de confundir entre sí en la fe o en el culto a las divinas personas o en separar entre ellas la única naturaleza; puesto que ésta es la fe católica *que veneremos a un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad*[6c].

6. **El culto a la Trinidad y sus personas.** Por lo cual Nuestro predecesor INOCENCIO XII negó enteramente algunas cosas solemnes propias al honor del Padre a los que las pedían. Y si hay ciertos días festivos para celebrar cada uno de los misterios de la Encarnación del Verbo, no hay del mismo modo una fiesta para celebrar al Verbo según tan solamente la divina naturaleza: y hasta la misma solemnidad de Pentecostés no fue introducida antiguamente simplemente para honrar al Espíritu Santo por sí, sino para recordar su advenimiento o externa misión. Todo lo cual ha sido sabiamente establecido, para evitar que alguno por la distinción de las personas cayese en el error de distinguir la divina esencia. Por cuya razón la Iglesia, a fin de contener a sus hijos en la integridad de la fe, instituyó la fiesta de la Sma. Trinidad, que JUAN XXII mandó después celebrar en todas partes, y permitió se dedicasen a este misterio templos y altares y aprobó, por inspiración celestial, la orden religiosa para la redención de los cautivos, que está dedicada a la Sma. Trinidad y que goza del mismo título.

7. **De El y por El y en El.** Muchas cosas confirman esta materia. El culto que se tributa a los Santos y Angeles, a la Virgen Madre de Dios y a Cristo redunda y termina en la misma Trinidad. En las preces que se dirigen a una

(6a) S. Thom. Sum. Theol. 19. 31, a 2.
(6b) S. Agust. De Trin. I, 3. P.L. 42, 822.
(6c) Simb. Atanas. *Quicumque.* Denz. nr. 39.

persona se hace mención de las demás; en la forma de las súplicas, al invocar a cada una de las Personas separadamente, se hace la invocación común; en todos los salmos e himnos la misma alabanza se hace al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; las bendiciones, los ritos, los sacramentos se hacen en nombre de la santa Trinidad. Y esto mismo hacía ya mucho tiempo que lo había anunciado el Apóstol en esta sentencia: *Porque de El y por El y en El son todas las cosas; gloria a El eternamente*[7]: significando en este pasaje la trinidad de las Personas, y afirmando la unidad de naturaleza, que siendo una e idéntica en cada una de las Personas, procede se tribute a cada una, como a uno y mismo Dios, igual gloria eterna y majestad. Explanando este testimonio AGUSTÍN: *No se ha de tomar confusamente,* dice, *el dicho del Apóstol;*
647 *de El y por El y en El; pues dice de El, por el Padre; por El, por el Hijo; en El, por el Espíritu Santo*[8].

8. **Las obras de la Trinidad son indivisibles.** Con gran propiedad la Iglesia acostumbra atribuir al Padre las obras en que se deja sentir el poder; al Hijo aquéllas en que brilla la sabiduría; al Espíritu Santo aquéllas en que se manifiesta el amor. No porque todas las perfecciones y todas las obras *ad extra* no sean comunes a las divinas Personas; puesto que *las obras de la Trinidad son indivisibles, como indivisible es la esencia de la Trinidad*[9] porque así como las tres Personas divinas *son inseparables, así obran inseparadamente*[10]: sino por cierta comparación y como afinidad que tiene lugar entre las mismas obras y las propiedades de las personas aquellas, se atribuyen a una más bien que a las otras, como dicen se apropian: así como de la semejanza de vestigio o imagen que se halla en las criaturas nos valemos para manifestar a las divinas personas, así también de los atributos esenciales; *esta manifestación de las personas por los atributos esenciales se dice apropiación*[11].

De esta manera el Padre que es *principio de toda la Divinidad*[12] es al mismo tiempo causa eficiente de todas las cosas de la Encarnación del Verbo y de la santificación de las almas *ex ipso sunt omnia;* de El y por el Padre. Mas el Hijo Verbo *imagen de Dios,* es la causa ejemplar de la que todas las cosas reciben la forma y la belleza, el orden y el concierto; el cual es para nosotros camino, verdad y vida, reconciliador del hombre con Dios *per ipsum sunt omnia;* por El, por el Hijo. Finalmente el Espíritu Santo es la causa última de todas las cosas, puesto que así como la voluntad descansa en todas las cosas como en su fin, no de otra manera El, que es la divina Bondad y la misma Caridad entre el Padre y el Hijo, perfecciona y completa con cierto impulso suave y eficaz la obra misteriosa de la sempiterna salud de los hombres. *In ipso sunt omnia:* En El, por el Espíritu Santo.

9. **El Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo.** Ahora bien, conservado inviolado y fielmente el estudio de la religión, debido a toda la beatísima Trinidad, y que es preciso inculcar una y otra vez en el pueblo cristiano, Nuestra exhortación se dirige a exponer la virtud del Espíritu Santo. Primariamente conviene mirar a Cristo, fundador de la Iglesia y Redentor del género humano. Ciertamente entre todas las 648
obras de Dios *ad extra* sobresale el misterio de la Encarnación del Verbo, en el cual de tal manera brilla la luz de las divinas perfecciones que ni es posible pensar nada superior ni puede haber nada más saludable a la naturaleza humana. Tan gran obra, aun cuando es de toda la Trinidad, sin embargo se atribuye como propia al Espíritu Santo: de tal manera que los Evangelios digan de la Virgen: *Ha sido hallada en el seno teniendo del Espíritu Santo,* y: *Lo que ha nacido en ella es*

(7) Rom., 11, 36.
(8) Agust. De Trin. VI, 10, 12 (P.L. 42, 932) y I, 6, 12 (P.L. 42, 827).
(9) Agust. De Trin. I, 5 (P.L. 42, 824).
(10) Agust. De Trin. I, 4 (P.L. 42, 824).
(11) S. Thom., 1ª parte, quest. 39, art. 7º.
(12) Agust. De Trin. l. 4, c. 20 (P.L. 42 906).

del Espíritu Santo(13). Y con razón se atribuye al que es la caridad del Padre y del Hijo: puesto que *este gran Sacramento de piedad*(14) procede de la gran caridad de Dios para con los hombres, como advierte JUAN: *Así amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo*(15). Añádese que en El la humana naturaleza ha sido elevada a la unión *personal* con el Verbo; cuya dignidad no ha sido dada por mérito alguno sino por pura gracia y por lo tanto como por don propio del Espíritu Santo. Refiriéndose a esto AGUSTÍN: *Este modo,* dice, *por el cual nació Cristo del Espíritu Santo nos insinúa la gracia de Dios por la cual el hombre sin mérito precedente alguno, en el mismo primer principio de su naturaleza, en el que comenzó a ser, se uniese al Verbo de Dios en tanta unidad de persona que uno mismo fuese el Hijo de Dios y el Hijo del hombre y el Hijo del hombre y el Hijo de Dios*(16).

10. **Santificador del alma de Cristo.** Por la virtud del Espíritu divino no solamente tuvo lugar la concepción de Cristo, sino también la santificación de su alma que se llama en los Sagrados Libros *unción*(17) y de tal manera toda su acción *se realizaba presente el Espíritu*(18) principalmente en su sacrificio: *Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios*(19). El que medite estas cosas no extrañará que todos los carismas del Espíritu Santo inundasen el alma de Cristo. Puesto que en El se asentó una abundancia de gracia singularmente llena en el modo más grande y con la mayor eficacia que puede tenerse; en El todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, las gracias gratis dadas, las virtudes, todos los dones, ora anunciados en las profecías de ISAÍAS(20), ora significado en aquella admirable paloma
649 ma del Jordán cuando Cristo con su Bautismo consagró las aguas para el nuevo Sacramento.

A este pasaje conviene admirablemente aquello de Agustín: *Es absurdísimo decir que Cristo, siendo ya de treinta años, recibió el Espíritu Santo, sino que vino al Bautismo sin pecado pero no sin el Espíritu Santo. Entonces,* pues, esto es, en el Bautismo, *se dignó prefigurar a su cuerpo, es decir, a la Iglesia en la que los bautizados reciben principalmente el Espíritu Santo*(21). Y así por la constante presencia del Espíritu Santo sobre Cristo y su íntima virtud en su alma se personificaba la doble misión del mismo Espíritu, es a saber, la que manifiestamente aparece en la Iglesia, y la que secretamente se ejerce en las almas de los justos.

11. **Pentecostés.** La Iglesia que, ya concebida, había nacido del costado mismo del segundo Adán como durmiente en la Cruz, se manifestó a los hombres por vez primera de un modo admirable en el celebérrimo día de Pentecostés. En el mismo día el Espíritu Santo comenzó a derramar sus beneficios sobre el cuerpo místico de Cristo con aquella admirable efusión, que el profeta JOEL había visto de lejos(22). Pues el Paráclito se posó sobre los Apóstoles para que como nuevas coronas espirituales por medio de las lenguas de fuego se impusiesen a sus cabezas(23).

12. **Su acción en la Iglesia.** Entonces los Apóstoles *descendieron del monte,* como escribe CRISÓSTOMO, *no llevando en sus manos como Moisés tablas de piedra, sino llevando rodeada su mente del Espíritu y derramando un tesoro y fuente de dogmas y carismas*(24). Así ciertamente tenía lugar lo último que Cristo había prometido a sus Apóstoles de enviarles el Espíritu Santo, que completase y en cierto modo sellase con su inspiración el depósito de la doctrina revelada: *Aun tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis recibirlas aún; cuando viniere aquel Espíritu de*

(13) S. Mat., 1, 18-20.
(14) 1ª a Timoteo, c. 3-16.
(15) Juan 3, 16.
(16) Enchir. c. 40 (P.L. 40, 252).
(17) Act. Apost. 10,38.
(18) S. Basilio de Esp. Sanct., 16 (P.G. 32, 139).
(19) Hebreos, 9, 14.
(20) Ver Is. 4, 1; 11, 2-5.
(21) Agust. De Trin. XV, 26 (P.L. 42, 1094).
(22) Joel 2, 28-29.
(23) S. Cyr. hier., *catech.* 17 (P.G. 33, 987).
(24) En S. Matth. Homil., 1ª y 2ª ad Corint., 3-3. (P.G. 57, 15).

verdad, os enseñará toda verdad[25]. Este pues, que es Espíritu de verdad, como procedente a un tiempo del Padre, que es la verdad eterna, y del Hijo, que es la verdad substancial, recibe de uno y otro, juntamente con la esencia, toda cuanta hay amplitud de verdad: Cuya verdad reparte y distribuye a la Iglesia, cuidando, con su constante auxilio y presencia, que jamás esté expuesta a error, y que la semilla de la divina doctrina pueda desarrollarse
650 en ella cada día más y ser fructuosa para la salud de los pueblos. Y puesto que la salud de los pueblos, para la que ha nacido la Iglesia, pide que este oficio se prosiga perpetuamente, recibe en consecuencia del Espíritu Santo una perenne vida y virtud que conserva y aumenta la Iglesia: *Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que permanezca con vosotros eternamente, espíritu de verdad*[26]. Por El son constituidos los Obispos, por cuyo ministerio no solamente son engendrados hijos, sino también padres, esto es, Sacerdotes para regirla y nutrirla con la misma sangre con que fue redimida por Cristo: *El Espíritu Santo puso a los Obispos para regir la Iglesia de Dios, que adquirió con su sangre*[27]. Unos y otros, Obispos y Sacerdotes, han recibido el cargo insigne del Espíritu de perdonar los pecados con potestad, según aquello de Cristo a los Apóstoles: *Recibid el Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados les serán perdonados, y a los que les retuviereis les serán retenidos*[28].

13. **El Espíritu Santo alma de la Iglesia.** Que la Iglesia es una obra enteramente divina, con ningún otro argumento se confirma más claramente que con el esplendor y gloria de los carismas que por todas partes está adornada; siendo el dador y autor el Espíritu Santo.

Y baste para confirmar esto, que siendo Cristo la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma: *Lo que es en nuestro cuerpo el alma, eso es el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia*[29]. Y siendo esto así, en manera alguna es lícito pensar y esperar en otra mayor y más abundante manifestación y ostensión del divino Espíritu, puesto que la que al presente se tiene en la Iglesia es máxima y permanecerá cuanto permanezca la Iglesia, esto es, hasta que abandonando el estado de milicia, sea conducida a la alegría de los que triunfan en la sociedad celestial.

14. **Su acción en cada individuo.** Cuánto y cómo el Espíritu Santo obre en las almas de cada uno no es menos digno de admiración que difícil de ser entendido, por lo mismo que se escapa a toda mirada corporal.

Esta efusión del Espíritu es de tanta abundancia que el mismo Cristo, de cuyo cargo se aprovecha, dijo que era semejante a un río abundantísimo, según se lee en SAN JUAN: *El que cree en Mí, como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva;* cuyo testimonio explanó el mismo Evangelista, diciendo: *Dijo esto del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El*[30].

15. **Antes y después de la Redención.** Y es cierto que en los mismos hombres justos que fueron antes de Cristo, inhabitó por la gracia el Espíritu Santo, como se halla escrito de los profetas, de ZACARÍAS, de JUAN BAUTISTA, de SIMEÓN y de ANA; mas no se dio el Espíritu Santo en Pentecostés, de tal modo que entonces *comenzase a ser primeramente inhabitador de los Santos, sino para inundar más copiosamente, llenando con sus dones, no comenzando y por lo tanto, no nuevo en la obra por lo mismo que más abundante en largueza*[31]. Pero si aquellos que eran remunerados entre los hijos de Dios, eran casi de la misma condición que si fuesen siervos, porque el hijo no *se diferencia del siervo mientras está bajo tutores y curadores*[32]; y a más de que la justicia en ellos no

(25) Juan 16, 12-13.
(26) Juan 14, 16-17.
(27) Act. Apost., 20, 28.
(28) Juan 20, 22-23.
(29) Agust. Serm. 267 de temp. c. 4 (P.L. 38, 1231)
(30) Juan 7, 38-39.
(31) S. Leo M., Hom. 77, 1 in Pent. (P.L. 54, 412)
(32) Galat. 4, 1-2.

era sino por los méritos de Cristo, que había de venir, la comunicación del Espíritu Santo hecha después de Cristo es mucho más copiosa, como excede en precio la cosa pactada a la prenda, y como excede la verdad a la imagen. Esto mismo afirmó JUAN: *Aun no había sido dado el Espíritu porque Jesús no era glorificado*[33]. Inmediatamente que Cristo *ascendiendo a lo alto* gozó de la gloria de su reino, adquirida con tanto trabajo, manifestó con gran munificencia las riquezas del Espíritu Santo: *Dio dones a los hombres*[34]. Pues aquella cierta donación y misión del Espíritu Santo *después de la glorificación de Cristo había de ser tal cual jamás antes lo había sido, ni antes había sido nula, sino que no había sido tal*[35]. Y en verdad la naturaleza humana es esencialmente sierva de Dios: *La criatura es sierva, nosotros somos siervos de Dios según la naturaleza*[36]; y también por la común culpa toda nuestra naturaleza cayó en el mismo vicio y degradación, de tal modo que éramos enemigos de Dios: *éramos por la naturaleza hijos de ira*[37]. Ni había fuerza capaz de levantarnos y vindicarnos de tal ruina y sempiterno castigo. Mas esto lo hizo Dios creador de la humana naturaleza sumamente misericordioso por medio de su Unigénito: Por cuyo beneficio aconteció que el hombre fuese restituido a la altura y nobleza de donde había caído con más abundante riqueza de dones. Ninguno puede mani-
652 festar cuál sea la obra de la divina gracia en las almas de los hombres; los que son llamados por esto mismo, ya en las Sagradas Escrituras, ya en los escritos de los Padres de la Iglesia, regenerados, criaturas nuevas, participantes de la divina naturaleza, hijos de Dios, deíficos y otras alabanzas semejantes. Ahora bien, tan grandes bienes no sin razón se deben como propios al Espíritu Santo.

16. **El es Espíritu de adopción.** El es el Espíritu de adopción de los hijos en el cual clamamos *Abba, Pater;* El mismo es el que inunda los corazones con la suavidad de su amor paternal; *El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*[38]. Para aclarar esta verdad contribuyen oportunamente aquellas cosas, que consideró el Angélico, la semejanza entre una y otra obra del Espíritu Santo; puesto que por El mismo Cristo fue concebido en santidad para ser hijo natural de Dios y los demás son santificados para ser hijos adoptivos de Dios[39]. Así con mayor nobleza en la naturaleza sucede que la espiritual generación trae su origen del amor, esto es, del amor increado.

17. **En el Bautismo y la Confirmación.** Los principios de esta generación y renovación del hombre están en el Bautismo: en cuyo Sacramento, arrojado del alma el espíritu inmundo, se derrama primeramente el Espíritu Santo, haciéndola semejante a sí: *Lo que nace del Espíritu es espíritu*[40]. El mismo Espíritu se da a sí mismo como don más abundantemente por la Sagrada Confirmación para constancia y fuerza de la vida cristiana; del cual procedió ciertamente la victoria y triunfo de los mártires y de las vírgenes de los peligros y corrupción. Decimos que el mismo Espíritu se da a sí mismo en don: *la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da*[41]. Él en verdad no solamente nos llena de divinos dones, sino que es el autor de ellos y El mismo es don supremo, que procediendo del mutuo amor del Padre y del Hijo con razón se tiene y es llamado *don de Dios altísimo.*

18. **Inhabitación por la gracia.** A fin de que más claramente aparezca la naturaleza y fuerza de este don, conviene recordar las cosas que, enseñadas en las Sagradas Escrituras, explicaron los sagrados doctores, esto es, que Dios se halla presente a todas las cosas y

(33) S. Juan 7, 39.
(34) Efes., 4, 8.
(35) S. Agust. De Trin. IV 20, 29 (P.L. 42. 908).
(36) S. Cirilo de Alej., tesoro, V, 5 (P.G. 75, 65).
(37) Efesios 2, 3.
(38) Rom. 8-15 y 16.
(39) S. Thom., III part. cuest. 32, art. 1º.
(40) Juan 3, 7.
(41) Rom. 5, 5.

está en ellas, *por potencia en cuanto todas se hallan sujetas a su potestad, por presencia en cuanto todas están abiertas y desnudas a sus ojos, por esencia en cuanto se halla en todas como causa de su ser* [42]. Mas en el hombre no está Dios tan solamente como en las cosas, sino que más am-
653 pliamente es conocido y amado por él, cuando, dejándonos conducir por la naturaleza, amamos, deseamos y buscamos espontáneamente el bien. Además Dios por la gracia inhabita en el alma justa como en su templo, de un modo casi íntimo y singular; de lo cual se sigue aquella necesidad de caridad por la cual el alma íntimamente se une y adhiere a Dios más que el amigo al amigo más querido, y goza de él plena y suavemente.

Esta admirable unión, que recibe el nombre de inhabitación, tan solamente se diferencia en la condición o estado de aquella de que Dios llena a los bienaventurados beatificándolos, y aunque realmente tiene lugar por la presencia de toda la Trinidad *vendremos a él y haremos mansión junto a él*[43], sin embargo se atribuye como propia del Espíritu Santo; y en verdad hasta en el hombre malo aparecen vestigios de la divina potencia y sabiduría; pero de la caridad, que es como nota propia del Espíritu Santo, ninguno es participante más que el justo.

19. **Dones del Espíritu Santo.** Perfectamente concuerda con esto aquello de llamar Santo al mismo Espíritu; puesto que El primero y sumo amor mueve y obra en las almas para la santidad que finalmente se contiene en el amor a Dios. Por lo cual el Apóstol, cuando llama a los justos templos de Dios, no les llama tales expresamente del Padre o del Hijo, sino del Espíritu Santo: *¿Ignoráis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros que le habéis recibido de Dios?*[44]. La abundancia de dones celestiales se obtiene de muchas maneras por la inhabitación del Espíritu Santo en las almas piadosas. Pues doctrina es de SANTO TOMÁS que aunque el Espíritu Santo proceda como amor procede en razón de don primero; de donde dice AGUSTÍN que por el don que es el Espíritu Santo muchos dones propios se distribuyen a los miembros de Cristo[45]. Hállanse entre estos dones aquellos ocultos llamamientos e invitaciones que se suscitan en las mentes y almas por la moción del Espíritu Santo, y que si faltasen ni habría principio de vida buena ni progreso ni éxito de salud eterna. Y puesto que tales llamamientos y mociones se hacen ocultamente en las almas, aptísimamente en las Sagradas Escrituras se comparan alguna vez al silbido del aura que viene; las cuales el Angélico doctor sabiamente hace corresponder a los movimientos del corazón cuya virtud se halla oculta en el ser: *el corazón tiene cierta influencia oculta y por consiguiente se compara al corazón el Espíritu Santo que invisiblemente vivifica* 654
y une la Iglesia[46].

20. **Los siete dones especiales.** Esta obra se realiza con más amplitud en el hombre justo que vive la vida de la divina gracia y obra por las oportunas virtudes como por facultades, por aquellos siete dones que propiamente se llaman del Espíritu Santo. Por beneficio de ellos el alma se instruye y se fortalece para seguir más fácil y prontamente sus voces e impulsos; tanta es la eficacia de estos dones que le conducen a la cumbre de la santidad; tanta su excelencia que permanecen los mismos aunque perfeccionados en el reino celestial. Merced a ellos el alma llena de carismas es inducida y llevada a desear y conseguir las evangélicas bienaventuranzas que, cual flores nacidas en primavera, son indicio y presagio de la eterna bienaventuranza. Finalmente son felices aquellos frutos enumerados por el Apóstol[47] que el Espíritu Santo engendra y produce en los hombres justos, hasta en esta miserable vida, llenos de toda dulcedumbre y gozo, como

(42) S. Thom., 1 p. cuest. 8, art. 3º.
(43) Juan 14, 23.
(44) I Cor. 6, 19.
(45) Sum. Theol. 1ª, q. 38 a. 2.
(46) Sum. Theol. 3º q. 8 a. 8 ad 3.
(47) Gal. 5, 22.

deben ser los del Espíritu que *es en la Trinidad la suavidad del Generante y del Engendrado y que con largueza derrama la fecundidad del Unigénito en todas las criaturas*[48]. Así el divino Espíritu, procedente del Padre y del Hijo en eterna lumbre de santidad, amor y don al mismo tiempo, después de haberse manifestado por el velo de imágenes en el Antiguo Testamento, derrama la abundancia de sí mismo en Cristo y en su cuerpo místico que es la Iglesia; y levanta con su gracia y saludable presencia a los hombres sumidos en maldad y corrupción, para que no como terrenos de tierra, sino celestes de cielo, busquen y deseen cosas celestiales. Todas estas cosas, como sean tantas y expliquen admirablemente la Bondad del Espíritu Santo en nosotros, a su vez nos exigen que procuremos con todo empeño dedicarle obras de obsequio y piedad.

Seguramente que los hombres cristianos harán esto con rectitud si procuraren cada día con mayor empeño conocerle, amarle y servirle. A cuyo fin se dirige a los mismos esta exhortación según espontáneamente fluye del ánimo paternal.

21. **Ignorancia de la existencia del Espíritu Santo. Consejos a los predicadores.** Tal vez ni aún hoy mismo falten entre ellos quienes habiendo sido interrogados de la misma manera por el Apóstol SAN PABLO, si habían recibido el Espíritu Santo, respondan del mismo modo: *pero ni hemos oído si existe el Espíritu Santo*[49]; por lo menos muchos ciertamente sienten gran deficiencia en su conocimiento; cuyo
655 nombre usan frecuentemente en sus actos religiosos, pero con aquella fe que se halla rodeada de densas tinieblas. Por lo cual tengan en cuenta cuantos son predicadores sagrados y curas de almas que a ellos pertenece enseñar al pueblo diligente y claramente las cosas que se refieren al Espíritu Santo; pero de tal modo que se separen de las controversias difíciles y sutiles y se desvíen de la perversa necedad de aquellos que temerariamente quieren profundizar todas las cosas hasta los divinos misterios. Lo que principalmente se ha de conmemorar y explanar con toda claridad son los muchos y grandes beneficios que constantemente nos vienen de este dador divino, para que el error y la ignorancia de tantas cosas, indignas de los hijos de la luz, enteramente desaparezcan. En esto insistimos, no solamente porque se refiere a un ministerio por el cual somos dirigidos próximamente a la vida eterna, por cuya razón es necesario creerle firmemente, sino también, porque el bien cuanto más clara y plenamente se conoce, con más intensidad se quiere y ama. Pues al Espíritu Santo, como ya hemos advertido, se le debe amor porque es Dios: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza*[50].

22. **Amor al Espíritu Santo.** Y ha de ser amado por ser el amor substancial y eterno, primero: nada hay más amable que el amor, mucho más porque nos ha llenado de beneficios, que así como atestiguan la benevolencia del donante, así piden gratitud en el ánimo del que recibe. Este amor tiene doble y no pequeña utilidad. Pues no solamente nos incita a tener en esta vida noticia más clara del Espíritu Santo: el amante, como dice SANTO TOMÁS, no se contenta con la aprensión superficial del amado, sino que se empeña en conocer cada una de las cosas que intrínsecamente le pertenecen y así entra en su interior como del Espíritu Santo que es *amor de Dios*[51], sino que nos proporciona mayor abundancia de celestiales dones, por lo mismo que al contraer la mano y el ánimo del donante dilata su gratitud y recuerdo. Se ha de procurar también con todo empeño que este amor sea tal, que no se limite a un árido pensamiento y externo obsequio, sino que aproveche para obrar y alejarse principalmente de la culpa, que resulta más injuriosa

(48) S. Agust. de Trinit. l. 6, c. 9.
(49) Act. 19, 2.
(50) Deut. 6, 5.

(51) S. Thomas, Summa prima secund. quest. 38, art. 2º. — I Cor. 2, 10.

al Espíritu Santo con cierto peculiar nombre. Cuanto somos, tanto somos por la divina Bondad, que se atribuye
656 principalmente al Espíritu Santo: a tan benigno bienhechor ofende el que peca y el que, abusando de sus dones y confiando cada día más en su bondad, se hace insolente.

23. **Templos del Espíritu Santo.** Para esto siendo Él espíritu de verdad, si alguno falta por enfermedad o ignorancia, tal vez tenga alguna excusa cerca de Dios; mas el que por malicia se opone a la verdad o se separa de ella, peca gravísimamente contra el Espíritu Santo. Lo cual de tal modo acontece en nuestra época, que parecen llegados los tiempos anunciados por SAN PABLO, en los cuales, obcecados los hombres por justos juicios de Dios, reputan las cosas falsas como verdaderas y al príncipe de este mundo, que es mentiroso y padre de la mentira, le creen como a maestro de la verdad: *Dios les envía un poder engañoso, para que crean en la mentira*(52); *en los últimos tiempos se separarán algunos de la fe atendiendo a los espíritus del error y a la doctrina de los demonios*(53). Puesto que el Espíritu Santo, como arriba hemos dicho, habita en nosotros como en su templo, se ha de persuadir aquello del Apóstol: *No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios en el cual estáis señalados*(54). Para esto no basta huir de las cosas indignas, sino que el hombre cristiano debe resplandecer en toda alabanza de virtud, a fin de que agrade a huésped tan grande y tan benigno, principalmente en castidad y santidad; la castidad y la santidad son propias del templo. De aquí el mismo Apóstol: *¿Ignoráis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le perderá; pues el templo de Dios es santo que sois vosotros*(55), terribles amenazas en verdad, pero justísimas.

(52) II Tesal. 2, 11.
(53) I Tim. 4, 1.
(54) Efes. 4, 30.
(55) I a los Corint., 3-16, 17.

24. **Peticiones al Espíritu Santo.** Por último conviene rogar y pedir al Espíritu Santo, cuyo auxilio y protección no hay quien no los necesite en gran manera. Cuanto uno está más necesitado de consejo, enfermo de fuerzas, agobiado de trabajos, inclinado a las cosas prohibidas, tanto más debe acercarse al que es fuente perenne de luz, de fortaleza, de consuelo y de santidad.

Y principalmente es necesario al hombre y debe pedirle el perdón de los pecados: propio es del Espíritu Santo, por lo mismo que es don del Padre y del Hijo; la remisión de los pecados se hace por el Espíritu Santo como por don de Dios(56), de cuyo espíritu manifiestamente se dice en el Misal: *El es remisión de todos los pecados*(57). Co- 657
mo ha de ser invocado aptísimamente lo enseña la Iglesia que le compele y suplica con suavísimos nombres: *Ven, Padre de los pobres. Ven, dador de los dones. Ven, luz de los corazones, consolador deseado, dulce huésped del alma, dulce refrigerio:* y al mismo implora encarecidamente que limpie, sane y riegue las mentes y los corazones, que dé *a los que confían en El el mérito de la virtud, el éxito de la salvación y el goce perenne:* Ni es lícito dudar en modo alguno que oiga estas plegarias aquel de quien leemos: *El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables*(58).

Finalmente se le ha de suplicar con confianza y constancia que diariamente nos ilustre más y más con su luz y nos encienda con los ardores de su caridad; así pues, fortalecidos con la fe y con el amor, trabajaremos con denuedo por los premios eternos, puesto que El es la *prenda de nuestra heredad*(59).

25. **Decreto de celebración de la novena del Espíritu Santo.** Aquí tenéis, Vbles. Hermanos, lo que Nos ha parecido bien decir instruyendo y exhortando, para fomentar el culto del Espíritu Santo; en manera alguna dudamos que por

(56) S. Teol. P. III, cuest. 3, a. 8 ad 3.
(57) Misal Romano Fer., 3ª post. Pent.
(58) Rom. 8, 26.
(59) Efes. 1, 14.

virtud principalmente de vuestro trabajo y cuidado, han de producir frutos saludables en el pueblo cristiano. Jamás ha de faltar para perseguir este fin cosa alguna por parte Nuestra y tenemos determinado proveer y alentar por los medios que parezca más oportuno este fin tan piadoso e importante. Entre tanto, puesto que en el bienio anterior y en las letras *Provida matris*[60] recomendamos a los católicos en la solemnidad de Pentecostés peculiares preces para conseguir el bien de la unidad cristiana, parece oportuno determinar acerca de esto algunas cosas. Determinamos pues y mandamos que por todo el orbe católico en este año y perpetuamente en los años siguientes, se suplique durante nueve días, antes de Pentecostés, en todos los templos parroquiales y, si pareciese útil a los ordinarios de los lugares, también en otros templos y oratorios.

26. **Indulgencias para su novena.** A todos los que asistieren a este novenario y oraren, según Nuestra intención, les concedemos en cada día siete años y siete cuarentenas de indulgencia; y plenaria en cualquiera de dichos días o en el mismo de Pentecostés o en cualquiera de los ocho siguientes, si
655 confesados y comulgados oraren piadosamente según Nuestra intención. Es Nuestra intención que puedan gozar igualmente de estos beneficios cuantos, impedidos por legítima causa, no puedan asistir a los citados ejercicios o donde, según la prudencia del Ordinario, no hubiere templo en que cómodamente pueda hacerse, si hacen privadamente la Novena y cumplen las demás condiciones. Además Nos es grato conceder *in perpetuum* del tesoro de la Iglesia que si alguno pública o privadamente dedica algunas preces al Espíritu Santo según su piedad, diariamente durante la Octava de Pentecostés hasta la fiesta de la Trinidad inclusive, observando por otra parte las condiciones arriba expuestas, le sea lícito conseguir una y otra indulgencia. Todos estos dones de indulgencia concedemos misericordiosamente en el Señor que puedan aplicarse en sufragio de los almas piadosas atormentadas con el fuego del purgatorio.

27. **Epílogo.** Ya Nuestro pensamiento y ánimo se levanta a aquellos deseos que manifestamos en el principio, cuyo cumplimiento pedimos y pediremos con grandes ansias al divino Espíritu. Procurad, Venerables Hermanos, unir vuestras preces con las Nuestras y que exhortándole vosotros una las suyas con las vuestras el pueblo cristiano bajo la protección poderosa y conciliadora de la Virgen Beatísima.

Que relaciones tan íntimas y admirables existan entre el Espíritu Santo y Ella, que con razón se llama su Esposa Inmaculada, perfectamente las conocéis.

Por tanto la intercesión de la Virgen valió mucho para el misterio de la Encarnación y para el advenimiento del mismo Paráclito sobre los Apóstoles. Dígnese Ella robustecer con su sufragio las comunes preces para que en todas las naciones, llenas de tantas miserias, se restauren felizmente los divinos prodigios por el divino Espíritu, según se manifiesta en la profecía de David: *Enviarás tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*[61].

Como presagio de los celestiales dones y testimonio de Nuestra benevolencia, os concedemos amantísimamente en el Señor, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 9 de Mayo del año 1897, vigésimo de Nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.

(60) León XIII, Breve *Provida matris caritate* 5-V-1895, ASS 27 (1894/95) 645-647.

(61) Salm. 103, 30.